

## Editorial

### Figura del misterio revelado

En este cuaderno de la revista, se trata de ver el camino de revelación del misterio de Dios —Padre, Hijo y Espíritu Santo—, en la paulatina secuencia de ambas alianzas, y su culminación con el envío del Hijo al mundo.

Después de la primera Alianza, en la plenitud de los tiempos, Dios se revela en el Hijo encarnado: “De muchas maneras y de muchos modos habló Dios a nuestros padres por medio de los profetas: en estos últimos tiempos nos habló por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo los mundos” (Heb 1, 1-2).

Jesucristo, el Hijo encarnado que vive una entera vida e historia humanas, es la definitiva revelación del Padre: “el que me ha visto, ha visto al Padre” (Jn 14,9). Cada edad de su vida: niñez, adolescencia, juventud, madurez, refleja sinfónicamente su identidad filial. Concentremos nuestra atención en la figura (*Gestalt*) de Jesucristo, en toda su concreción, carnadura, realidad y profundidad.

Guiados por Balthasar, veamos que su método propio, como nos recordaba Peter Henrici, era el de la interpretación literaria, que consiste en leer el texto en su integralidad y en su contexto, en el universo de textos con el fin de resaltar lo específico de su significado. No es un método conceptual ni analítico, ni argumentativo deductivo, ni propiamente sintético, sino más bien *intuitivo o perceptivo integral*, por el cual los elementos particulares de un texto o de un dato histórico de la revelación adquieren su significado peculiar en aquel *conjunto* que el dato en cuestión contribuye a formar. Por ello *ver la figura* (*Schauer Gestalt*) indica la inmediatez receptiva de la percepción, mientras que la figura no ha de ser vista estáticamente, sino como una escultura visible desde diferentes ángulos, o una figura musical o melodía que se desarrolla en el tiempo, o un personaje o figura de una novela o un drama.

Ante todo, la primacía de la figura descansa en una primacía del objeto, la persona que se revela: “La espontaneidad primera que condiciona la iluminación del conocimiento y la disposición a encontrar la realidad existente, debe llevar el nombre de «servicio» (*servitium*) y no de deseo o instinto (*appetitus*). Si fuera primero y más fundamentalmente un apetito, el fundamento del movimiento descansaría primero en el sujeto mismo, y el objeto sería reducido

al estado de instrumento sirviendo al sujeto para realizar sus propios fines...y todo conocimiento del otro sería apreciado según la medida en que enriquece al sujeto, y finalmente Dios mismo, aunque de manera más sutil sería exigido para culminar el apetito subjetivo de conocimiento” (TL 1, 268). Servicio pasivo y activo que se abre al ver y a la percepción (*Wahrnehmung*) de la figura. Esto supone una corrección previa del sujeto visto por algunas filosofías modernas.

Lo esencial de lo cristiano está constituido por la figura objetiva de Jesucristo, revelador del Padre y mediador entre Dios y los hombres. Reconocemos así una primacía del objeto teologal, concentrado en la figura visible de Jesús: figura visible que no reenvía a una profundidad misteriosa e invisible, ella es su manifestación, ella la revela, escondiéndola y velándola. Ella es una figura natural o una figura estética, tiene una afuera que aparece y una profundidad interior que no son separables en la figura. El contenido no se encuentra detrás de la figura, sino *en* ella. Si alguno no puede ver y descifrar la figura, el contenido por ello mismo se le escapa. Si la figura no se le ilumina para él, el contenido no deviene luminoso a sus ojos (H I,127.144). De modo que no hay que pretender (platónicamente) superar o ir más allá de la figura: es en su espesura misma encarnada que se manifiesta y revela en ella.

“...Así como una figura de la naturaleza, por ej., una flor, no es vista tal como se da si no es percibida y concebida como la manifestación de una cierta profundidad de vida, de la misma manera, la figura de Jesús no es vista como se da a sí misma, si no es aprehendida y recibida como *la manifestación de una profundidad divina* que sobrepasa toda la naturaleza del mundo. Y el hombre que ve no puede ser capacitado sino por la gracia de Dios... que lo proporciona a la dimensión absolutamente nueva del fenómeno en cuestión” (H I,129.146).

“Lo decisivo es que esta figura se da a sí misma con la revelación de la profundidad interior de Dios, y esto en verdad y esencialmente, no por palabras atribuidas hipotética y posteriormente por discípulos dispuestos a divinizarlo, sino por la figura de la existencia misma, por el reflejo mutuo y sin defectos entre palabra y existencia, y más profundamente aún, por la unidad irrecusable e inextinguible del testimonio activo y pasivo: testimonio del Hijo para el Padre y allí testimonio del Padre para el Hijo. En tanto Cristo pone este testimonio delante de los hombres, El se anima en forma totalmente consciente a proclamarse el ser finito que El es, como la expresión válida y la palabra del ser de Dios: «quien cree en mí, no cree en mí sino en

Aquel que me ha enviado». «Quien me ve a mí, no me ve a mí sino a Aquel que me ha enviado» (Jn.12,44-45)” (H 1,145.165).

Jesús es *la figura objetiva de revelación* que mueve a ver, a aprehender, creer y participar en su acción dramática. El acento fenomenológico objetivo de la aparición de la figura con su consistencia y carnadura propias tiene, según Balthasar, una filiación que proviene de Goethe y que es expresamente no trascendental, ya que el método estético permite alcanzar la figura en sí para quien tenga “la posibilidad de ver, de evaluar, de interpretar una figura; la mirada sintética, por antítesis de aquélla, analítica, de las ciencias naturales... Esta capacidad de ver la figura se la debo a Goethe, quien no cesó de ver, de crear, de valorar las figuras vivientes” (Discurso Premio Mozart, 70).

Verdaderamente el que se encarnó es *Palabra* de Dios, que rebasa toda palabra humana (Guardini), y no se puede ver una palabra libre que no se pudiera escuchar al mismo tiempo. Jesús dice “felices los que escuchan la palabra de Dios y la guardan en ellos” (Lc 11,28). Aquel que se expresa en esta palabra humana no es un hombre ordinario: por él se exterioriza la libertad soberana de Dios mismo. Así quien vive con todos sus sentidos el encuentro con esta figura, debe escuchar su mensaje. “El ojo escucha” es el título de un libro de Claudel. Juan habla de escuchar, de ver y de tocar la palabra divina. Escuchar con todos los sentidos (y también con los ojos) significa: desear esta disponibilidad receptiva que se encuentra en la filosofía fenomenológica como la actitud del sujeto frente al objeto, actitud que conlleva la más grande posibilidad de éxito. Jesús habla de “ojos simples” cuya mirada posibilita la iluminación total del hombre por Dios, y piensa esto a propósito de los “corazones puros”, de los corazones libres de todo bien; a aquellos está prometida la visión de Dios (Mt 5,8). En esta visión auditiva de la figura de la revelación, la mirada puede atravesar y llegar a la fuente originaria de la verdad: “Señor, muéstranos al Padre y esto nos basta... ¿hace tanto que estoy con ustedes, Felipe, y no me has reconocido aún?, quien me ve, ve al Padre (Jn14,8.9). Pero se trata de ver con los ojos que escuchan y con las orejas que contemplan (*Vom Schauvermögen der Christen*, Homo creatus est, 53).

Por ello, el autor va a afirmar que, “...partir de una representación del sujeto cognoscente es vaciar el fenómeno del objeto que se muestra objetivamente a partir de su propia profundidad, es vaciarlo de toda realidad, donde todo fracasa en un puro funcionalismo” (H I 378.430).

La atención a la figura objetiva de revelación se da sin desmedro de una larga atención al sujeto y a sus condiciones de conocimiento, como puede verse en la primera parte de Gloria I y Teológica I, dedicadas a la evidencia subjetiva.

En este sentido podríamos caracterizar la teología (y la filosofía) balthasarianas como fundadas en un *personalismo metafísico objetivo*, donde lo dialogal —pensado también en forma trinitaria— no deriva en resultados antimetafísicos, sino que aspira a alcanzar una metafísica cristiana renovada, donde el amor aparezca como el trascendental absoluto (Holzer), y donde entonces el ser es considerado como don (*relatio*).

\* \* \*

La revelación de Cristo no anula el misterio de Dios, sino que lo potencia. Desde esta perspectiva ofrecemos contribuciones que verifican que la fe da que pensar.

El número empieza con un artículo bíblico, en el que Craig Keener estudia el clásico motivo del secreto mesiánico en Marcos. Luego, desde una perspectiva sistemática, Tibor Göröf se adentra en uno de los misterios que más ha hecho pensar a la teología contemporánea: la conciencia de Cristo. Konstantin Kamp escribe sobre el misterio pascual en Balthasar, procurando mostrar cómo la entrega de Jesús gana sentido cuando se la ubica en el marco más amplio de la Santísima Trinidad.

Luego llegan, desde la orilla literaria, dos estudios sobre poetas que han sabido cantar el misterio en el lenguaje que mejor lo expresa. Felicitas Casillo nos presenta a Charles Péguy y Julieta Vargas hace lo propio con Friedrich Hölderlin.

Para concluir, publicamos en la sección *Perspectivas* el escrito que Ignacio M. Díaz leyó en su reciente defensa de Tesis doctoral, consagrada a la estructura y el método de la Trilogía de von Balthasar.